

un pobre viandante saqueado, desnudo y dejado en camisa; así hay que hablar de vuestro pueblo... No hay remedio más pronto que recobrar los dineros de aquellos que pisoteando y oprimiendo á vuestros súbditos, han conquistado tanta riqueza. Hora es ya de estrujar la esponja demasiado llena y purgar el bazo demasiado hinchado acomodándolo á la longitud de los demás miembros.

»He aquí, Señor, cómo deben hablar á su príncipe los súbditos que lo quieren; cómo los Estados libres y bien compuestos han de dar parecer sin ninguna prevaricación de la cosa pública, aunque con tal respeto que Vuestra Majestad en nada quede ofendida. Reconocemos y declaramos en voz alta y clara que el cielo y la naturaleza os han dotado liberalmente de lo que es bien necesario para regirnos y goberarnos: la devoción os es recomendada; la prudencia y la justicia os asisten; vuestra clemencia nos es conocida y de nuevo la imploramos en corporación de Estados para la salud, libertad y personas de nuestros colegas detenidos y arrestados; en una palabra, que las perfecciones de vuestros predecesores se han juntado y encontrado de nuevo unidas para hacer relucir á Vuestra Majestad sobre nosotros.»

Terminado el discurso, el rey declaró que Bernard le había dicho las verdades sin ofenderle, y el Tercer Estado dió las gracias á su orador. Según la frase de L'Estoile, había concluido el reinado de Nemrod *et Lorenés*. Sí, pero iba á comenzar el de la nación católica.

CAPITULO IX

MUERTE DE ENRIQUE III (1)

I. La Liga revolucionaria. — II. Alianza de Enrique III con Enrique de Navarra. — III. El primer regicidio

I.—La Liga revolucionaria

Después del asesinato de los Guisa, Enrique había bajado á las habitaciones de su madre y le había dicho: «Señora, buenos días. Os ruego que me perdónéis; el señor de Guisa ha muerto y ya no se hablará más de él.» Un billete escrito de su puño y letra y dirigido al legado empieza con estas palabras: «Ahora

(1) FUENTES: *Lettres missives d'Henri IV*, II y III. *Registres des délibérations du Bureau de la Ville de Paris*, IX. *Desjardins, Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, IV. «Coll. Doc. inéd.» Duque de Nevers, *Traité des causes et des raisons de la prise d'armes faite en janvier 1589*, «Mémoires du duc de Nevers», 1665. *Certificat de plusieurs seigneurs de la Cour qui assisterent le roi Henri depuis l'instant de sa blessure jusqu'à son décès*, y *Lettre d'un des premiers officiers de la Cour de Parlement écrite à un de ses amis sur le subject de la mort du roi*. «Mémoires-journaux de L'Estoile», 1876, III, págs. 372-381. *Mémoires du duc d'Angouleme*, «Mich. y Pouj.» 1.^a serie, X. *Discours de Sancy sur l'occurrence de ses affaires*, «Mémoires d'Etat de Villeroy», 1665, III. *Dialogue d'entre le Mahuestre et le Manant*, 1594. *Mémoires de la Ligue*, 1758, III. D'Aubigné, *Histoire universelle*, VIII. Del mismo, *Confession catholique du sieur de Sancy*, tomo II de las Obras completas, ed. Reaume y de Caussade. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, IV. Matthieu, *Histoire de France*, I, 1631. De Thou, IX.

OBRAS DE CONSULTA: L'Épinois, *La Ligue et les papes*. Robiquet, *Paris et la Ligue*. D. Vaissette, *Histoire du Languedoc*, XI y XII. Vizconde de Estaintot, *La Ligue Normande*, 1862.

soy rey.» También el embajador de España, Mendoza, creía que la Liga estaba perdida. Pero los dos se equivocaban; los hombres acostumbrados á la disciplina de un Estado monárquico no comprenden los movimientos populares, y ni siquiera Mendoza, con ser tan católico, tenía idea de la fuerza que da la pasión religiosa.

El rey, convencido de que la Liga era únicamente obra del duque, y el desafecto general resultado de las intrigas del mismo, creía haber puesto remedio á todo deshaciéndose de él, y siguió gobernando con la mezcla de altanería y de debilidad que le era habitual. Amenazaba á los regidores de Orleans con hacer de ellos «las personas más desgraciadas de Francia,» si dentro de las veinticuatro horas no reconocían á D'Entragues como gobernador, y dejaba sin socorro la ciudadela á la que tenían puesto sitio los ligueros de la ciudad. Intimidado por los parisienses para que les devolviese á sus magistrados municipales arrestados, ponía en libertad á los dos regidores, Compans y Cotteblanche, y en cambio retenía en la cárcel al preboste de los mercaderes, La Chapelle-Marteau. También soltó al presidente Neuilly y hasta á la madre de los Guisa. En vez de montar á caballo publicaba una declaración sobre los sucesos ocurridos en los días 23 y 24 que era una justificación. Faltábale la consejera de los días difíciles; Catalina de Médicis, ya enferma cuando el asesinato de los Guisa, no hacía más que gemir y llorar, y habiendo ido á ver al cardenal de Borbón, el anciano prisionero, que la acusó de haberles atraído á él y á sus amigos al degolladero, salió de la visita con el alma profundamente dolorida. A poco, la acometió de nuevo la fiebre y el 5 de enero de 1589 murió, desapareciendo en medio de la tempestad que arrastraba consigo su política de compromisos y de concesiones.

La noticia de la ejecución de Blois había llegado á París en la noche del 24 de diciembre é inmediatamente los predicadores excitaron al pueblo á la revolución: el 26, una asamblea tumultuosa reunida en las Casas Consistoriales proclamó al duque de Aumale gobernador de París; y otra asamblea celebrada el 5 de enero designó al abogado Drouart, al famoso procurador Crucé y al comerciante Bordeaux para desempeñar los cargos del preboste y de los regidores prisioneros.

Reforzóse la organización de la Liga parisiense, poniéndose al frente de cada uno de los diez y seis barrios consejos de nueve miembros encargados de la policía y de la vigilancia, agentes de la municipalidad, pero más poderosos que ésta, y cuyos jefes, elegidos entre los ligueros más fanáticos, constituyeron una especie de comité director de la Liga. El nombre de Diez y seis sirvió para designar la fracción más violenta y verdaderamente intransigente del partido.

La Liga se hizo francamente revolucionaria; el pueblo rompía las armas del rey, destruía sus efigies y destrozaba en San Pablo los mausoleos de sus favoritos. El día 1.^o de enero, Guincestre, que predicaba en San Bartolomé, hizo jurar á todos los asistentes «que emplearían hasta el último dinero de su bolsa y hasta la última gota de su sangre» para vengar á los príncipes asesinados. El primer presidente, Aquiles de Harlay, el

súbdito fiel, estaba sentado en el banco de la obra delante del predicador, el cual le gritó por dos veces: «Alzad la mano, señor presidente, alzad la mano muy alto, más alto aún, si os place, á fin de que el pueblo la vea.» Y Aquiles de Harlay juró para que no le asesinaran allí mismo.

La Sorbona, consultada acerca de la legitimidad de los actos de la Unión, contestó por unanimidad de los setenta doctores presentes que el pueblo de este reino estaba desligado y libre del juramento de fidelidad prestado al rey Enrique III y que podía en conciencia armarse, unirse, recoger dinero y contribuir á la defensa de la religión católica, apostólica y romana contra los designios perversos y los esfuerzos del dicho rey y de sus partidarios (7 de enero de 1579). Además suprimió su nombre del canon de la misa y puso en su lugar el de los príncipes católicos; y uno de sus doctores, Boucher, párroco de San Benito, comenzó á escribir en aquel entonces su *De justa Henrici tercij dimissione* (1) para demostrar que la Iglesia y el pueblo tenían por igual el derecho de deponer al monarca: como perjuro, asesino, homicida, sacrilego, fautor de herejía, simoníaco, mago, impío y anatema, Enrique III caía bajo la jurisdicción de la Iglesia; como pérfido, disipador del tesoro público, tirano y enemigo de la patria estaba sujeto á la justicia del pueblo. Un tirano es una bestia fiera que la República y hasta los particulares tienen derecho á matar.

Así alentados, los Diez y seis no temieron atacar al Parlamento, pues si bien los magistrados no se habían substraído al contagio, sus jefes permanecían adictos á la autoridad real. Por esto los ligueros decidieron depurar el Tribunal supremo, y el 16 de enero Bussy-Leclerc se presentó en la primera Cámara y, sacándose una lista del bolsillo, invitó á los consejeros en ella continuados á que le siguieran á las Casas Consistoriales. Cincuenta ó sesenta consejeros se unieron al primer presidente y á los demás proscritos atravesando juntos París entre las amenazas, los insultos y las pullas de la muchedumbre; en la Bastilla, adonde fueron conducidos, sólo quedaron detenidos los realistas previamente designados; los demás se volvieron, decididos á todas las complacencias. Al día siguiente, el Parlamento comenzó á dictar sentencias; Brissón, buen jurisconsulto, pero de carácter débil, dejóse imponer las funciones de primer presidente, y los magistrados de la sala fueron renovados. Por indicación de Senault, escribano del Consejo general de la Unión, fué nombrado procurador general Molé, consejero del Tribunal; y habiendo éste renunciado el cargo, el pueblo, que había invadido el salón de deliberaciones, gritó «¡Molé, Molé!» por lo que aceptó, prefiriendo ceder que volver á la Bastilla. Como abogados generales, nombróse á maese Juan le Maitre y á Luis Dorléans el libelista. El 24, los miembros del Parlamento depurado y constituido juraban y prometían «á Dios, á su gloriosa Madre, á ángeles, santos y santas del Paraíso vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana; emplear sus vidas y bienes para la conservación y aumento de la misma, sin nada excusar, hasta la última gota de su sangre...» y «resistir con todas sus po-

tencias al esfuerzo é intención de los que han violado la fe pública y roto el edicto de unión, franquicias y libertades de los estados de este reino con la matanza y el encarcelamiento cometidos en la ciudad de Blois en los días 23 y 24 de diciembre último y exigir justicia de ello por todas las vías así contra los autores culpables y secuaces como contra los que en lo sucesivo les ayuden y favorezcan.» Después de la Sorbona, también el Parlamento se pasaba á la revolución.

Aquel gobierno improvisado se arrogó todos los poderes del otro; y como le hacía falta dinero, encarceló á los realistas y exigió por ellos rescate, no salvándose ni los ausentes, pues sus esposas hubieron de pagar «quinientos ó seiscientos escudos á lo menos» «bajo pena de desposarse con una cárcel;» y levantó un empréstito forzoso sobre todos los villanos y habitantes de París. En cada parroquia, los párrocos, escoltados por cuatro ciudadanos, fueron de casa en casa para invitar á la gente á que contribuyera graciosamente y sin temor á una causa tan santa y tan justa. Los diez y seis, según frase de uno de ellos mismos, mostraron una rara habilidad en limpiar las bolsas.

Mayenne, hermano del duque de Guisa, que fué elegido lugarteniente general del Estado y Corona de Francia, hallábase en Lyon en el momento del asesinato y se había apresurado á marcharse á Borgoña de donde era gobernador; pero cediendo á las súplicas de los parisienses, dirigióse á la capital en donde entró el 12 de febrero, aprovechándose del entusiasmo que excitaban su llegada y la presencia de la mayoría de los príncipes y de las princesas de la casa de Lorena, para asegurarse la preponderancia en el gobierno.

En una asamblea general de Ciudad (16 de febrero), en el que cada uno de los diez y seis consejos de barrio delegaron cuatro de sus miembros, propuso Mayenne la creación de un Consejo general de la Unión de los católicos compuesto de individuos de los tres estados, y á los cuarenta consejeros elegidos por los comités ligueros agregó otros catorce que escogió en la alta burguesía y en el mundo parlamentario de unas listas formadas por los tribunales supremos. Además concedió asistencia y voto deliberativo en aquel Consejo de Estado de la Liga al preboste de los mercaderes, á los concejales, á los presidentes, abogados y procuradores generales del Parlamento con objeto de contrabalancear al elemento demagógico de la lista popular. En aquel momento en que la unión entre todos los partidarios de la resistencia era más que necesaria, los puros no pensaron en protestar contra las adiciones de Mayenne; pero más adelante, cuando el partido se dividió, atribuyeron á aquellos «supernumerarios» los fracasos de la Liga.

El Consejo general debía «disponer de los negocios de Estado y recibir en conferencia á todas las provincias y ciudades católicas cuyos diputados tenían asistencia y voto deliberativo en dicho Consejo.» Mayenne, omnipotente en aquella asamblea, se reservó el poder ejecutivo y el mando supremo de los ejércitos, y prestó juramento ante el Parlamento el día 13 de marzo, como teniente general del Estado real y de la corona de Francia. El nuevo gobierno tuvo su sello, *el sello del reino de Francia*. El rey contestó á todos estos atentados trasladando el Parlamento de París á Tours,

(1) La legítima deposición de Enrique III.

después de haber declarado al duque de Mayenne y al duque de Aumale traidores y felones y desposeídos de todos sus cargos y dignidades; asimismo despojó de todos sus privilegios á las ciudades que, como Amiéns, Abbeville y Orleans, pactaban con París. Estas medidas eran muy poca cosa para contener las deserciones, así es que todas las grandes ciudades se pasaron sucesivamente á la Liga.

En Ruán, cuyo Parlamento se negaba á adherirse á la Santa Unión, bastó la presencia de Mayenne para sublevar al pueblo y destruir la oposición (9 de febrero); en Lyon, el propio gobernador, Villeroy el joven, dirigió la rebelión (24 de febrero); La Chatre insurreccionó Bourges y el Berry; el duque de Mercoeur, gobernador de Bretaña, que tal vez pensaba ya en crearse á favor de los disturbios un principado independiente, tomó las armas contra el rey, su cuñado; casi toda la Provenza, incluidas Aix y Marsella, abandonaron la causa de Enrique III; y en Tolosa los ligeros asesinaron al primer presidente Duranti, «despedazándolo de tal manera que era imposible reconocerlo, pues quien no le daba algún golpe se consideraba desgraciado,» y á su cuñado, el abogado general Daffis. Pocas provincias permanecieron fieles: D'Ornano logró contener al Delfinado; Matignón logró que Burdeos volviera á la obediencia, y D'Aumont recobró Angers. En el centro, Enrique III conservaba Tours, Blois y Beaugency; el resto de Francia se substraía á su autoridad.

II.—Alianza de Enrique III con el rey de Navarra

Muy pronto ni siquiera pudo el rey considerarse seguro, pues Mayenne salió de París con un ejército, avanzó hasta Chateaufort, á siete leguas de Tours, derrotó en Saint-Ouen, cerca de Amboise, la caballería realista (25 de abril), hizo prisionero al conde de Brienne que la mandaba, y su vanguardia ocupó Vendôme, que le fué entregada por el gobernador. No le quedaba á Enrique III más recurso que implorar la ayuda de los protestantes (1); así es que al mismo tiempo que mandaba hacer una última tentativa de conciliación cerca de Mayenne, envió á la duquesa de Angulema á que se avistara con el rey de Navarra que se aproximaba al Loira. Este, hasta la muerte del duque de Guisa, se había defendido difícilmente contra el duque de Nevers; pero al conocer la noticia de la ejecución de Blois y de la sublevación de París, el ejército real se había dispersado. Entonces, Enrique de Navarra dirigió desde Chateaufort (4 de marzo) un llamamiento á la nación.

«¿No es una miseria que no haya pequeño ni grande en este reino que no vea el mal, que no clame contra las armas, que no las denomine la fiebre continua y mortal de este reino, y que, sin embargo, hasta ahora nadie haya abierto la boca para encontrar remedio á ello? ¿Que en toda esa asamblea de Blois nadie se haya

(1) En 1588, Miguel Hurault Du Fay, nieto de L'Hospital y canciller de Navarra, había publicado su *Excellent et libre discours sur l'estat present de la France* («Discurso excelente y libre sobre el estado presente de Francia,») en el que recomendaba la alianza del rey de Francia y del rey de Navarra contra los ligeros (reimpreso de un modo deficiente en las «Mémoires de la Ligue,» III).

atrevido á pronunciar esa palabra sagrada de paz, esa palabra en cuyo efecto consiste el bien de este reino?... Todos hemos causado y sufrido bastante mal; hemos sido cuatro años ebrios, insensatos, furiosos, ¿no es bastante?»

El rey de Navarra decía siempre lo que debía decirse.

Sus protestas de lealtad al rey, el compromiso que adquiría por su honor y su fe de no negar jamás á los católicos la libertad de conciencia y de culto que para sí mismo reivindicaba, anunciaban su reconciliación con Enrique III. El día 3 de abril estaba concertado el tratado, pero el rey aplazó su ratificación hasta después de conocer la respuesta de Mayenne. Los triunfos de la Liga desvanecieron sus últimos escrúpulos, y el 30 de abril el rey de Navarra llegaba á Plessis-les-Tours llevando á Enrique III su partido y su fortuna; y cuando Mayenne, después de haber atravesado el arrabal de Saint-Symphorien de Tours (7 de mayo), se disponía á atacar la ciudad, encontróse enfrente de la vanguardia protestante y de los arcabuceros de Chatillón, que le cerraban el paso del puente del Loira.

Los realistas encaminaban la guerra hacia París, habiendo Thoré ocupado por sorpresa Senlis, distante diez leguas de aquella capital. Los ligeros hicieron un esfuerzo para recobrar aquella plaza; el nuevo gobernador de París, Maineville, y el duque de Aumale, que mandaba en jefe en la Picardía y en la Isla de Francia, se pusieron en marcha; París envió sus milicias, y Balagny, bastardo de Monluc, obispo de Valence, que de gobernador que era del rey en Cambrai pensaba ascender allí á príncipe de la Liga, proporcionó la caballería y la artillería. Los sitiados estaban á punto de capitular cuando La Noue y el duque de Longueville acudieron con algunos refuerzos; y aunque las fuerzas de éstos eran muy inferiores en número, atacaron y desbandaron á los sitiadores, resultando heridos y emprendiendo la fuga el duque de Aumale y Balagny, y haciéndose matar valerosamente Maineville, por otro nombre Maineligue (17 de mayo).

El hijo de Coligny, Francisco de Chatillón, exterminó en Bonneval (en el país de Chartres) y con fuerzas muy superiores, á doscientos lanceros y ochenta arcabuceros (18 de mayo); el jefe de esta tropa, Saveuse, que había hecho bordar en su estandarte la divisa «Morir ó más contento,» y que había quedado herido y prisionero, se arrancó los vendajes de sus heridas y quiso morir.

El rey de Navarra decidió á Enrique III á seguir avanzando, y juntos se apoderaron de Jargeau, Pithiviers y Etampes (3 de julio); sus exploradores se aventuraron hasta Montrouge y Vanves y á la entrada del arrabal de Saint-Jacques atacaron á Cougi, jefe de ronda, quien perdió á casi todos sus hombres; y Pontoise, aunque vigorosamente defendida, hubo, al fin, de capitular (26 de julio). Los reyes, dueños de las avenidas de París, tenían á mano fuerzas para atacar la capital; la nobleza de Picardía disponíase á juntarse con ellos; y Sancy les llevaba 10.000 suizos, que había reclutado sin dinero, y además 1.000 lansquenetas, 3.000 soldados de infantería francesa y alguna caballería alemana. En la revista que se pasó en Poissy, «el ejército se componía de 30.000 hombres frescos, sanos y bien armados.»

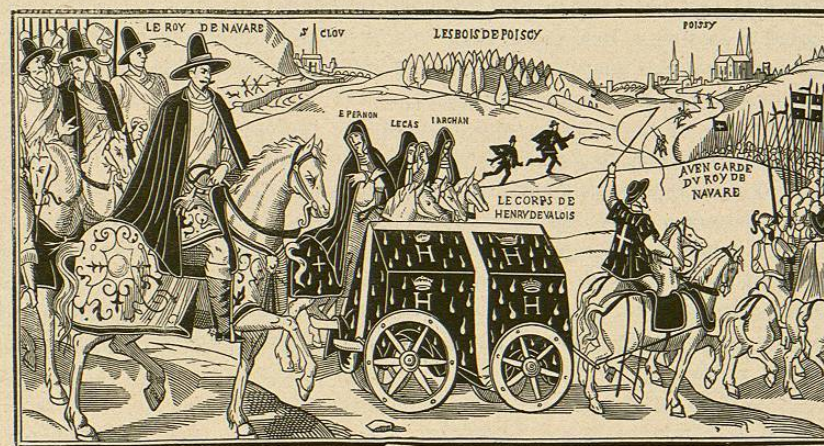
III.—Primer regicidio

Madama de Montpensier hacía anunciar por las calles supuestas victorias y colgar estandartes en las bóvedas de Nuestra Señora; y sin embargo París estaba sitiada. Desde la muerte de los Lorena, la población vivía en plena fiebre; casi todos los días recorrían la ciudad procesiones de niños, mujeres y estudiantes que, descalzos y en camisa hasta en invierno, iban de santuario en santuario cantando himnos ó los salmos de la penitencia; y los feligreses despertaban á su párroco para que presidiera las procesiones nocturnas.

«Con dolor y gemidos muy grandes» habían celebrado los parisienses los funerales de los mártires, como se llamaba á los príncipes loreneses asesinados, y el bau-

res entregados á la soldadesca. Los realistas se atrevían á mostrarse descarados, á desafiar á las gentes y á decir en alta voz «que antes de que transcurriesen tres días habría tantos ahorcados que no se encontraría en París madera bastante.» Corría el rumor de que Enrique III había hecho saber á la duquesa de Montpensier que en cuanto él entrara en la ciudad la haría quemar viva; y se añadía que la duquesa le había contestado que el fuego no se había hecho para ella, sino para sodomitas como él.

París parecía perdida; Mayenne pensaba hacerse matar en una salida, pero los fanáticos esperaban su salvación de la intervención divina. De este número era un joven dominico de veintidós ó veintitrés años, llamado Jacobo Clement, nacido en la aldea de Sorbonne, cerca



Conducción del cadáver de Enrique III desde París á Poissy. (Copia de un grabado de la época.)

tizo del hijo póstumo del duque de Guisa á quien apadrinaron el preboste de los mercaderes y los concejales poniéndole los nombres de Francisco Alejandro París de Lorena. El monitorio de Sixto V que intimaba á Enrique III, bajo pena de excomunión, á que compareciera en Roma personalmente ó por procurador para justificarse del asesinato de un príncipe de la Iglesia, causó tanta impresión como habría causado la excomunión misma. El odio á Enrique III se había exacerbado hasta el delirio: los franciscanos decapitaron su retrato; varios párrocos quemaron su efigie en los altares, y grupos de niños apagaron los cirios encendidos que en la mano llevaban á los gritos de «¡Dios, extinguid de este mismo modo la raza de los Valois!» Pigenat, párroco de Saint-Nicolas-des-Champs, en la oración fúnebre de los Guisa que pronunció en Nuestra Señora, puso en boca de la viuda del duque, acomodándolos á las personas y á los tiempos, los famosos versos de Virgilio.

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor
Qui face Valesios ferroque sequare tyrannos (1).

Las malas noticias aumentaban el furor. Decíase que las guarniciones que habían osado resistir al rey habían sido pasadas por las armas ó ahorcadas, y los ciudadanos ya se veían ellos, sus bienes, sus niños y sus muje-

(1) ¡Ojalá pueda salir de nuestros huesos un vengador que persiga con el hierro y con el fuego á los Valois, á esos tiranos!

de Sens; hijo de aldeanos, sencillo, rudo y basto, hacían presa en él todas las excitaciones, y con tanta frecuencia hablaba de herir y de luchar que sus hermanos en religión le habían denominado el capitán Clement. Su exaltación crecía en proporción de los peligros que amenazaban á la ciudad, y á la Iglesia y á un buen doctor en quien tenía confianza le consultó si era lícito matar á un tirano, recibiendo una respuesta más bien alentadora. Entonces oró, ayunó, mortificó su cuerpo, tuvo visiones, oyó las voces y las órdenes de lo alto, y de estos éxtasis salió la voluntad lúcida y encaminada á un solo objeto. Cuando los confidentes de su propósito estuvieron bien seguros de su resolución, le entregaron como carta de recomendación cerca del rey un billete apócrifo en italiano del primer presidente, Aquiles de Harlay, que se hallaba preso en la Bastilla; y el conde de Brienne, detenido en el Louvre, le dió, sin la menor desconfianza, un pasaporte que había de servirle para atravesar las líneas realistas. Por otra parte, su hábito era un salvoconducto en uno y otro campo. En Saint-Cloud fué acogido por el procurador general La Gueuse, á quien rogó que le presentara al rey para comunicarle un asunto de importancia. Por la noche bebió y cenó alegremente con la servidumbre de su huésped, sirviéndose para cortar la comida de un largo y afilado cuchillo con mango negro que llevaba encima; y habiéndose hablado durante la cena del furor de los frailes, uno de los comensales «le dijo que había en su orden (según se afirmaba) seis que se habían encargado

de matar al rey; él les respondió fría y sin cambiar de color, que en todas partes había buenos y malos.» Durmió toda la noche tranquilamente y á las siete de la mañana La Guesle le llevó á casa de Gondi, en donde se alojaba el monarca. Enrique III, que estaba todavía en su «silla,» «completamente desaliñado,» mandó que fuese introducido inmediatamente el mensajero que traía noticias de París. Clement se prosternó y le suplicó que hiciera salir de la estancia á todos los presentes, pues había de hacerle una confidencia que sólo él debía oír. El rey hizo señas al escudero mayor, Bellegarde, y á La Guesle de que se retiraran y se inclinó para escuchar mejor; entonces el fraile, sacando de su manga el cuchillo, se lo clavó al monarca en el bajo vientre, debajo del ombligo. Enrique III lanzó un grito, y arrancándose de la herida el arma, hirió con ella á Clement encima de las cejas; La Guesle se precipitó, con la espada desnuda, sobre el asesino, el cual esperaba de pie y con los brazos en cruz, y los Ordinarios arrojáronse sobre él y le dieron muerte (1.º de agosto de 1589).

En el primer momento, los cirujanos no estimaron mortal la herida y prometieron al rey que á los diez días montaría á caballo; pero al anochecer acometieronle violentos dolores en las entrañas, entremezclados con sudores fríos y síncope. Cuando llegó el rey de Navarra, que había salido apresuradamente de Meudón al tener noticia del hecho, Enrique III, cuyo estado era desesperado, le abrazó, le bendijo y le reconoció como

su sucesor, aunque exhortándole á que se hiciera católico. Después, sólo pensó en prepararse para la muerte: ya por la mañana había mandado levantar en su cámara un altar; oyó misa, humillándose ante Dios y ofreciendo gustoso su vida si no era necesaria su conservación para el pueblo; se confesó y declaró que quería vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana, y prometió en términos vagos complacer al Papa en lo que de él deseaba. Redoblaron luego sus dolores y entonces quiso confesarse y pidió el precioso cuerpo de Jesucristo. Rezó con fervor, diciendo: «Dios mío, tened piedad de mí y perdonadme mis pecados...» «*In manus tuas, Domine, Misere mei, Deus;*» perdonó á sus enemigos y después de haber recibido una segunda absolución, perdió el habla y entregó el alma á Dios «haciendo dos veces el signo de la cruz.» Cuantos estaban en la casa prorrumpieron en gritos y gemidos; los servidores lloraban á un amo bueno y generoso; los cortesanos deploraban el fin de las liberalidades, y los favoritos comentaban el luto de su ambición. Todos se sentían profundamente conmovidos por lo repentino y terrible de aquel final trágico; y en aquellas crisis de tristeza y de lágrimas, Bellegarde, uno de los favoritos, según refiere d'Aubigné, pidió «perdón de rodillas por las cosas cometidas con el rey.» D'Eperón puso término brusca y á aquellas confesiones, diciendo á Bellegarde: «Callaos; habláis como una mujer.» A los mismos pies del muerto alzabase la vergüenza de su vida.



Moneda de Enrique III

LIBRO CUARTO

ENRIQUE IV

CAPÍTULO PRIMERO

EL NUEVO REY (1)

I. Advenimiento del rey protestante. — II. Los combates de Arques. — III. Tours, residencia del gobierno. — IV. La victoria de Ivry.

I.—Advenimiento del rey protestante

Enrique III, moribundo, habiase dirigido á los señores y les había rogado como amigo y ordenado como soberano que obedecieran al heredero legítimo. En la emoción de aquella trágica jornada, los cortesanos no pensaron en regatear las protestas de fidelidad, pero al día siguiente, Enrique de Borbón observó en los católicos un cambio radical: «En lugar de las aclamaciones y del «¡Viva el rey!» acostumbrado, vió en la misma cámara el cuerpo muerto de su predecesor, á dos mínimos á los pies del cadáver con cirios y haciendo sus liturgias, á Clermont d'Antragues sosteniendo la barba; pero todo lo demás, entre los aullidos, hundiéndose los sombreros ó tirándolos al suelo, cerrando los puños, conspirando, dándose la mano y haciendo votos y promesas, de las que se oía la conclusión: antes morir de mil muertes.» La mayoría de los magnates y de los señores, que consideraban con horror la idea de un rey

(1) FUENTES: Berger de Xivrey, *Lettres missives de Henri IV*, III. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, XV. *Mémoires du duc d'Angoulême*, Mich. y Pouj., XI. *Journal militaire de Henri IV depuis son départ de la Navarre*, publicado por el conde de Valori, 1821. *Discours de Sancy sur l'occurrence de ses affaires*, «Mémoires d'Etat de Villeroi,» III. *Discours de la prise d'armes*, «Mémoires des Nevers,» 1665. *Mémoires de la Ligue*, IV. L'Estoile, V. Archives curieuses, XIII. D'Aubigné, *Hist. universelle*, VIII. De Thou, XI. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, 1589-1598. P. Matthieu, *Histoire de Henri III, roy de France et de Navarre*, 1631. Escipión Dupleix, *Histoire générale de France...*, IV, 1663. Legrain, *Décade contenant la vie et gestes de Henri le Grand*, 1614. Davila, *Historia delle guerre civili di Francia*, París, 1644. II. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe segundo*, III, 1877.

OBRAS DE CONSULTA: A. Poirson, *Histoire du règne de Henri IV*, 1865. I. Weill, *Les théories sur le pouvoir royal*, 1891. Vizconde de Estaintot, *La Ligue Normande*. Lair, *Histoire du Parlement de Normandie depuis sa translation à Caen, juin 1589, jusqu'à son retour à Rouen en avril 1594*, Caen, 1861. Conde J. Delaborde, *François de Chastillon, comte de Coligny*, 1891. Fornerón, *Histoire de Philippe II*, 1882. IV. L'Épinois, *La Ligue et les papes*, 1886. I. Raulich, *La contesa fra Sisto V e Venezia per Enrico di Francia*, Venecia, 1892. Desjardins, *Les Parlements du roy, 1589-1596*, 1879. *Histoire des guerres religieuses en Auvergne*, 1846. Roucaute, *Le pays de Gevaudan au temps de la Ligue*, 1585-1596, 1900. Segesser, Ludwig, *Pfyffer und seine Zeit*, 1882, III, 2.ª parte, 1589-1594.

protestante, deliberaron tumultuosamente sobre la conducta que debían seguir; algunos de los más violentos hablaban de excluir á Enrique de Navarra, pero prevaleció una opinión más moderada. D'O, delegado por la asamblea, invitó al nuevo rey á convertirse inmediatamente ó á prometer, por lo menos, hacerse instruir «en pocos días;» el rey, «palideciendo de cólera ó de miedo,» se lamentó de verse de tal modo violentado y se negó á una abjuración que le habría humillado sin vencer á nadie de su sinceridad.

Las noticias satisfactorias que llegaban al campamento pusieron término á esas discusiones: el mariscal d'Aumont, Humieres y Givry fueron portadores de la adhesión de la nobleza de la Champaña, de la Picardía y de la Isla de Francia; Sancy conquistó á los suizos que prometieron servir dos meses sin reclamar paga; y el duque de Montpensier, Enrique de Borbón, aunque solicitado por los rebeldes, se unió al jefe de su casa. Sin embargo, la mayor parte de los magnates seguían mostrándose intratables y hasta los que no discutían el derecho dinástico ponían á su asentimiento una reserva y una condición tácitas. Enrique IV, comprendiendo la necesidad de contentar á sus partidarios y de desarmar á sus enemigos, firmó el compromiso conocido con el nombre de Declaración del 4 de agosto, en la que prometía mantener y conservar en su reino la religión católica, apostólica y romana en su integridad «sin innovar ni cambiar en ella cosa alguna, ni en la policía y ejercicio de la misma, ni en las personas y bienes eclesiásticos.» Además, afirmaba que era su más vivo deseo hacerse instruir «por un bueno, legítimo y libre concilio general ó nacional» que mandaría reunir dentro de seis meses ó antes, á ser posible, «para seguir y observar lo que (en él) será decidido y acordado.» Los católicos conservaban sus gobiernos, cargos y honores, y los protestantes las ciudades que estaban en su poder; pero todas las plazas conquistadas ó reducidas por fuerza ó de otro modo, debían ser confiadas al gobierno de nuestros buenos súbditos católicos «y no á otros.»

«Por el juramento y la promesa que acababa de hacer, y que dejamos escrita,» los príncipes de la sangre, los altos funcionarios de la corona, hidalgos y otros, reconocieron como rey y príncipe natural, según la ley fundamental de este reino, á Enrique IV, rey de Francia y de Navarra. La declaración estaba firmada por dos príncipes de la sangre, Conti y Montpensier; por tres duques y pares, Longueville, Luxembourg-Piney y Rohán-Montbazón; por dos mariscales de Francia, Birón y D'Aumont; por Dinteville, lugarteniente general